

Por obra y gracia de tan singular aventura, el molino de viento, ha sido y sigue siendo símbolo glorioso y universal del libro cumbre que contiene la peregrina historia y estupendas hazañas del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha y aun de los propios personajes Don Quijote, Sancho, Aldonza Lorenzo y Dulcinea.

Simbolizan las aspas, el idealismo maravilloso de Don Alonso Quijano, defensor de entuertos, amparador de viudas, defensor esforzado de doncellas desvalidas y huérfanos desamparados.

Como las aspas del molino giran con todos los vientos, así el corazón del buen caballero está atento a todos los dolores y a todas las necesidades para compartir los unos y remediar las otras.

Las piedras del molino que en trabajo incansable, monótono, rudo y fecundo, trituran el trigo, simbolizan el espíritu de Sancho, pegado a lo material, perseverante en la ambición, paciente y confiado en la espera, poco emprendedor y carente de iniciativas. Nada hace por sí para el logro de sus deseos. Todo lo aguarda de las desventuradas aventuras de su amo y señor, que algún día ¡plegue al cielo que así sea!, se tornarán venturosas y le llevarán al codiciado gobierno de la insula deseada.

La silueta del molino, formida y poco airosa cuando de cerca se contempla, es el símbolo de Aldonza Lorenzo, la buena labradora de El Toboso.

Contemplada a lo lejos, la silueta del molino gana en esbellez, se torna ingravida y entonces simboliza a la sin par y gran señora Dulcinea.

Todo esto significan, todo esto simbolizan y todo esto representan y recuerdan, los molinos de viento, alzándose en los campos manchegos y recortando sus siluetas en la

...«Inmensa llanura vinariega
en donde el ojo alcanza su pleno mediodía»...

como dijo el poeta Antonio Machado.

A un lado y otro de la ruta que de Andalucía conduce a Castilla, han desaparecido los molinos de viento. Sólo alguno, ruinoso y abandonado, se contempla con tristeza y desolación. El paisaje ha perdido su alma, aquel encanto delicioso del girar de las aspas y las blancas siluetas que eran recreo de la vista y dulce caricia para el corazón del caminante.

No hay que esperar que los molinos de viento vuelvan a su tarea de triturar el trigo.

El mundo avanza; la vida sigue, y el progreso, implacable, no permite retroceder a la «dichosa edad y los siglos dichosos», que tan maravillosamente describió Don Quijote a los cabreros.

Pero ya que los molinos no vuelvan a trabajar como homigas, al menos hagamos que canten como cigarras.

Que se salve el espíritu, aunque la materia perezca.

¿Sería mucho pedir que como homenaje al libro inmortal y a su glorioso autor, en este año del centenario cervantino, cada ciudad, cada villa, cada aldea de la Mancha, erigiese a los lados de los caminos polvorientos y de las rutas de turismo, algunos molinos que devolviesen al paisaje su encanto y alegría?

Sería ésta, una nueva aventura de los molinos de viento, de unos molinos con aspas que giren y sin piedras que muevan, una aventura—como aquella jamás imaginada— que quedaria siempre como «suceso digno de felice recordación» y testigo fiel, de que el noble pueblo manchego, conserva en su corazón, henchido de amor, el recuerdo inefable e impercedero del ingenioso hidalgo Don Quijote, de Sancho, el buen escudero, de la sencilla labradora Aldonza Lorenzo y de la clarísima y sin par Dulcinea del Toboso...

Adolfo Chércoles Vico.

Córdoba y Octubre 1.947